

Inconsciente en revolución. Superficie, contingencia y ontología en el psicoanálisis freudiano

Unconscious in Revolution. Surface, Contingency and Ontology in Freudian Psychoanalysis

Carlos Caranci Sáez¹

Universidad Complutense de Madrid (España)

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-2693-4093>

Recibido: 02-12-2020

Aceptado: 26-06-2021

Resumen

Este texto plantea un retorno a la obra de Sigmund Freud concibiendo la terapia y la cura analítica como una práctica antihermenéutica y performativa, antes que arqueológica. Tras un breve repaso de la evolución de la técnica analítica, y desarrollando los términos de imagen, deseo y superficie, se pretende mostrar la radicalidad de la dimensión filosófica del psicoanálisis y su alcance emancipador más allá de la consulta, que no solo afecta al deseo específico del individuo sino al entero marco de posibilidad de su desear como sujeto histórico.

Palabras-clave: Imagen, deseo, superficie, acontecimiento.

¹ (ccaranci@ucm.es) Doctor en Filosofía por la UCM (2019). Miembro del proyecto de investigación “Filosofía y psicoanálisis como fronteras críticas sobre lo político”, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México. Es autor de “Superficialidad máxima. Superficie como posibilidad de sentido: imagen y síntoma”, en *Anales de la Historia del arte*, vol. 25, UCM, Madrid, 2015, pp. 225-253. ISSN 0214-6452; y de “Arte en superficie. Imagen, síntoma y verdad para la historia del arte desde el psicoanálisis”, en Zúñiga, J. F. (ed.), *Autonomía y valor del arte*, Universidad de Granada, Editorial Comares, 2018, pp. 307-326. ISBN 978-84-9045-610-1. Como comisario de exposiciones: *Fernando Sáez, 70 años en la pintura*, Museo González Robles, Universidad de Alcalá de Henares, enero-marzo 2017.

Abstract

The present text proposes a return to the work of Sigmund Freud in order to conceive the notions of therapy and analytical as anti-hermeneutic and performative practices rather than archeological. By doing a brief review of the evolution of the analytic technique, and by developing the terms of image, desire, and surface, the aim is to show the radicalness of psychoanalysis' philosophical dimension and its emancipatory reach beyond the clinic, which not only affects the specific desire of the individual but the entire framework of possibility of his desire as a historical subject.

Keywords: Image, Desire, Surface, Event.

Introducción

De una manera que se ha vuelto célebre, en 1917 Sigmund Freud compara su apuesta terapéutica con la revolución heliocéntrica copernicana y con la teoría de las especies de Darwin (Freud 1917: 131-133). Las tres tienen en común el desalojo ontológico del sujeto, quien se ve enfrentado con una herida abierta, una doblez (física, biológica, psíquica) que la distancia irreductible entre nuestras posibilidades perceptivas y de entendimiento y una externalidad, ahora también interna, que nos aparece siempre en falta y de la que nos vemos extrañados.

El analista ejercería de descifrador, colaborando con el yo del analizado para intervenir en el elemento perturbador patológico, el síntoma, el lapsus, o lo que es soñado sin que el soñador conozca su sentido. El fin es el de romper el sello de la enfermedad y tender puentes para salvar esa brecha que vulnera el lugar del sujeto. Respecto del sueño, por ejemplo, el análisis denota la incongruencia significativa entre sus componentes como el efecto de un conflicto inconsciente, con el que tratará de restablecer el encadenamiento asociativo inteligible (*verständlich*) que el trabajo onírico habría falseado (Freud 1901: 642). En 1908 Freud escribe que “un psicoanálisis no es una indagación científica libre de tendencia, sino una intervención terapéutica; en sí no quiere probar nada, sino sólo cambiar algo” para ayudar al paciente a “discernir y asir lo inconsciente” (Freud 1908b: 86). Sin embargo, una verdadera revolución no se limita a denotar el fallo concreto que ella aspira a enmendar, sino que es consciente de que ella misma se debe a una condición general fallida. La pregunta es: ¿a qué nivel espera el psicoanálisis incidir un cambio? La propuesta de estas páginas defiende que el cambio auspiciado es uno sistémico que, no obstante, debe infligirse en superficie.

Procuraré no acudir a otros autores salvo para recabar apoyos tangenciales, así como evitaré citar a Lacan, que parecería ser de referencia obligada, ya que este autor emplea el término “superficie” como síntesis explicativa para las preguntas sobre el sujeto del inconsciente en sus topologías a partir de 1962; de haberlo considerado, habría orientado significativamente mi propuesta de lectura de la obra freudiana. Del mismo modo, no consideraré la noción de superficie referida a los dos esquemas de la estructura psíquica según Freud (en 1900, superficie como la lámina perceptiva que recibe las impresiones sensibles del exterior y del interior del aparato psíquico, y en 1920, el yo como superficie virtual del ello inconsciente). En cambio, me centraré en la acepción del término referida al modo en el que se estructura la lógica del trabajo analítico. No me estoy refiriendo a lo que se ha llamado “superficie clínica”, a saber, el marco de referencia empírico para una determinada escucha e intervención por parte del analista en su encuentro en la consulta con el analizante, es decir, las manifestaciones sintomáticas y transferenciales del paciente, cambios y perturbaciones en superficie, como ondas en un lago, tomados para explorar las profundidades².

Por el contrario, entiendo la asunción de la superficie como la clave de la ontología de la entera propuesta freudiana. Defiendo que el psicoanálisis freudiano es una praxis que no excava en la superficie de apariencias del síntoma, los actos fallidos, el relato del sueño o del recuerdo, o de una imagen, arte incluido, para rescatar los contenidos, o las causas históricas que la justifican, o para apelar a una sustancia psíquica en tanto que idea reguladora de los fenómenos. Por el contrario, como voy a tratar de mostrar, el psicoanálisis es un hacer actuante que no solo, a modo de ciencia nueva, instituye el objeto de su investigación a medida que lo descifra. Además, Freud asume que para hablar de la realidad inconsciente es necesario hacerlo con un lenguaje cortado, una sintaxis camuflada, con resultados incompletos y sospechosos. No hay un nivel básico que pueda servir como el núcleo de la experiencia analítica y que motive el trabajo a su alrededor; no hay una profundidad referenciable: solo es posible aludir a la estricta superficie material, figural, plástica, visual, lingüística de sueños, síntomas o lapsus.

Mediante una breve exposición de los pasos dados por Freud en el diseño de su técnica analítica, analítica, espero exponer su naturaleza acontecimental, describir cómo sus procesos conllevan una dinámica no diferencial sino de la

² Lawrence Inderbitzin, Steven T. Levy, “The Analytic Surface and the Theory of Technique”, en *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 38(2) (1990), 371-91; Cecilio Paniagua, “A Methodological Approach to Surface Material”, en *International Review of Psychoanalysis*, 12 (1985), 311-325; Leavitt, J.: 2011, “Thinking Outside the Box: Objects of Mental Space in the Psychoanalytic Consulting Room”, en *Memory Connection*, 1(1) (2011), 157-166; Merton M. Gill, “The Analysis of the Transference”, en *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 27(supl.) (1979), 263-288; Warren S. Poland, “From Analytic Surface to Analytic Space”, en *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 40(2) (1992), 381-404.

diferencia, en la que lo analizado no es ni la vía de entrada hacia lo que serían las causas fundamentales, ni uno de los momentos de la manifestación de una abstracción inconsciente. Por el contrario, definiendo, solo en la contingencia material en superficie se actúa la realidad inconsciente del paciente, que es múltiple, efímera, urgente, defectuosa y en trampantojo.

Terapia I

El fin del análisis, según lo que proponían Freud y su maestro Breuer estudiando a las histéricas a finales del s. XIX, era la eliminación de los síntomas. Para ello debía localizarse la vivencia del trauma desencadenante, que, experimentada en época infantil, el individuo no habría logrado tramitar (simbolizar por el lenguaje, incluirlo en la corriente normal del pensamiento), bien por causas externas, bien por tratarse de algo incomprensible para él, de tipo sexual y soportado pasivamente, quedando en estado de represión. La hipótesis era que los mecanismos habituales de procesamiento lógico habían sufrido una desconexión respecto del objeto del trauma, escisión psíquica que se ponía como la base de la etiología de las neurosis (Freud 1896a: 275).

Aunque el afecto traumático original no se viera acompañado de intensidad emocional alguna, una situación posterior podía revivirlo, obligando a la defensa psíquica a impedir su manifestación y así la reacción en su contra. Según el primer esquema del aparato psíquico, esa defensa es la censura que, construida sobre el modelo de los arbitrajes parentales y morales, “aleccionada por la experiencia de la vida”, organizaría el acceso al sistema Consciente de las “mociones anímicas” desde el Inconsciente, entre las que se cuentan las infantiles reprimidas, incompatibles con la homeostasis del adulto con su entorno (Freud 1899-1900: 661).

Se generan así los síntomas, “efectos persistentes de traumas psíquicos” (Freud 1906: 264-265), que descargan la excitación primitiva pero en modos camuflados, mutilados, tolerables para el juicio moral. Aquí se da un primer desfase, el temporal, percibido en sueños o síntomas como un desencaje lingüístico y plástico: ciertas vivencias se perciben como traumáticas solo por el afecto desprendido ahora, “considerado como de eficacia presente” (Freud 1893: 32-36). No es que el olvido mantenga conservado el recuerdo de aquel episodio a la espera de su eclosión, sino que su actualización en el cuerpo extraño del síntoma es su necesario olvido.

En la consulta, durante el relato del paciente sobre sus recuerdos o vivencias, se procuraba la intensificación de los síntomas: la reaparición del estado corporal originario señalaba la disolución de la represión y la conquista de la vivencia enquistada por parte de la consciencia. El análisis proponía

una rectificación del “decurso psíquico” primitivo, “el desenlace bueno que en circunstancias favorables se habría producido espontáneamente” (Freud 1896b: 193), como si concediera “el deseo de tener permitido hacer algo por segunda vez” (Freud 1893: 40).

Censura trascendental

Esto se explica mediante la adjudicación de una lógica económica al aparato psíquico, el cual supuestamente tendería siempre a liberarse del exceso de energía de excitación relacionada con ciertas vivencias. Si la censura pretende impedir su desahogo, cortará los nexos de esa carga psíquica con sus significantes originales, por lo que se verá obligada a investir objetos y representaciones ajenas para manifestarse, componiendo productos de compromiso entre el éxito de emergencia consciente y su atemperación por la defensa psíquica. En el sueño, el pensamiento inconsciente se sirve de las impresiones mnémicas almacenadas que tiene a mano – residuos de palabras oídas y otras percepciones–, a las que superpone, condensa y desplaza, dando con un constructo nuevo, hábil para manifestarse a la consciencia disfrazadamente.

Distingo un primer nivel de trabajo con los materiales sensibles, uno que los recorta y extrae de sus contextos respectivos, y posteriormente ensambla y combina en compuestos visuales que figuran el cumplimiento de deseos cotidianos latentes. Estos deseos serían el significado inmediato del sueño; pueden ser rastreados e identificados por el análisis porque ya gozaron de consciencia, pero nada justifica el nexo entre la nueva forma de ese constructo y el contenido latente salvo la simple oportunidad material, la labilidad jeroglífica que ofrecen los fragmentos y los compuestos visuales, sin importar su “contenido y la significatividad intrínseca” (Freud 1899-1900: 586). El analista, por su parte, se empeñará en un trabajo inverso (*Traumdeutung*) al del sueño (*Traumarbeit*), componiendo, con los elementos que aparecen en la superficie manifiesta, los contenidos que resulten eficaces para significar esos *rêbus* aparentemente sin sentido (Freud 1899-1900: 286).

Impera una lógica contingente: se construye, en la sugerencia de la simple oportunidad material de la superficie onírica, la idea que debe ponerse, con efecto retroactivo, como su causa. La censura, a la vista de esto, parece no ser tanto un mecanismo de defensa que modifica ciertos contenidos en beneficio de la vida en cultura, sino que, en tanto que condicionante de los materiales que pueden ser empleados en cada coyuntura, puede definirse como el horizonte de posibilidad, histórico y materialmente limitado, para el ser en la consciencia de un determinado contenido que, de otro modo, no sería. O la ocasión, en la

trama objetiva disponible, en la que figurar ciertas identidades, ciertos deseos, inexistentes hasta entonces.

Fantasías

En una carta que Freud envió a su amigo Fliess en 1897, famosísima para la historia psicoanalítica, el doctor constata que “en lo inconsciente no existe un signo de realidad, de suerte que no se puede distinguir la verdad de la ficción [...] investida con afecto” (Freud 1897: 302). Freud renuncia muy pronto a las teorías sobre la etiología de la enfermedad como consecuencia de un suceso concreto, y considera un “panorama de las exteriorizaciones espontáneas de la sexualidad infantil” (Freud 1896c: 169). El analizado comunica masas de pensamientos que pueden contener desde escenas no vivenciadas, tomadas de otras fuentes, hasta otras totalmente inventadas, y que, antes que explicar el pasado, aportan el entramado formal para desplegar en él “las constelaciones temporales de la libido” (Freud 1896c: 169), o las pulsiones de tipo sexual, el cifrado psíquico de las pujanzas orgánicas, siempre tendentes a la descarga, que invisten objetos o imágenes en las que se satisfacen coyunturalmente.

Son fantasías, *collages* de “invenciones de recuerdos” que funcionan como “ensambladura de la neurosis”, o la prolongación de la constitución sexual del sujeto (Freud 1906: 266-267). Una descripción prematura de la fantasía dice que es una representación que habría funcionado como aporte imaginario consciente para facilitar la excitación sexual pero que, más tarde, reprimida la referencia a la acción original, se habría conservado como atajo inconsciente, repitiéndose desmemoriada en el síntoma (Freud 1908b: 210). La fantasía es, así, un compuesto imaginario que cumple deseo.

En 1908 Freud añade que, así como el niño juega construyendo su propio mundo, combinando elementos para figurar con ellos imágenes investidas de energía psíquica a las que otorga una verdad indiscutible, por su parte el adulto fantasea. La fantasía ejercería, como el juego infantil, “una rectificación de la insatisfactoria realidad”, incorporando a la realidad objetiva (*Realität*) una estructura imaginaria que ajusta lo accidental de la experiencia, de la que recibe la “marca temporal” (Freud 1908a: 130), a la tendencia libidinal inconsciente. Sin embargo, no se trata de un esquema trascendental que traduce, para el sujeto, una exterioridad en sí incognoscible e irreductible. Por el contrario, la fantasía materializa, corporeiza, una realidad; crece en la aparente ausencia de relación natural entre el sujeto de pulsiones y la materialidad objetiva en la que se desarrolla; crece en esa ausencia de nexo lógico en la que quedaban suspendidas las percepciones y los recuerdos recolectados de la vida real previo a su recombinación en imágenes de deseo. La acción de la fantasía orienta esos fragmentos, los enfoca según un determinado estilo, y compone con

ellos un lugar en el que el sujeto puede reconocerse y habilitar una relación de posibilidad.

Si los contenidos revelados en terapia acerca del recuerdo o el sueño puede que nunca ocurrieran y son, más bien, constelaciones fantasmáticas, entonces el único antecedente demostrable, la única legitimación, para los contenidos por revelar, parece ser la imbricación de la mera cualidad superficial de los materiales de percepción con el tejido imaginario del sujeto, o los modos estructurantes de su libido. Con otras palabras, cada vez que el sujeto figura fantasmáticamente un deseo cumplido, se actúan su entera estructura libidinal, construyendo una realidad de interacción posible para el sujeto.

Deseo inconsciente

Hay un segundo nivel de trabajo con la superficie:

el trabajo del sueño nunca se limita a traducir estos pensamientos [latentes] a los modos de expresión [...]. En cambio, por regla general agrega algo que no pertenece a los pensamientos latentes del día, pero que es el genuino motor de la formación del sueño. Este agregado indispensable es el deseo, igualmente inconsciente (Freud 1915-1916: 205).

El compuesto actual del sueño, además de figurar el deseo latente, actúa el aura del deseo inconsciente. Este deseo no preexiste en la vigilia, no tiene antecedentes fácticos en la historia del paciente; no tiene original en el lenguaje cotidiano, no se puede reducir a “un curso normal del pensamiento” (Žižek 1992: 38), luego no ha habido ningún trabajo de traducción de un término previo a significantes nuevos.

El deseo inconsciente no tiene por qué aparecer racional ni concebible desde la realidad objetiva (Freud 1915-1916: 207); se refiere a demandas siempre activas desde época infantil, relativas a los padres, a la vida sexual, al enfrentamiento con la explicitación de la realidad libidinal. Es la categoría psíquica de la que tenemos constancia si la consideramos como el índice que destaca procesos singulares en circunstancias diversas, y no como una propiedad de determinados procesos (Freud 1912d: 277). Es “el genuino motor de la formación del sueño”, solo si, paradójicamente, es considerado como resultado del trabajo del sueño (Freud, 1915-1916: 205). 205).

El valor inconsciente es virtual, como diría Deleuze (2012), no determina ninguna dimensión ni ninguna cualidad, pero da la vida a las transformaciones contingentes de imágenes y palabras, y al sistema de recuerdos y deseos latentes. No es susceptible de consciencia salvo si se infiltra en el trabajo de traducción entre los pensamientos latentes y el contenido manifiesto, esto es, en los hiatos

entre la forma y la materia del sueño, entre el significado y el significante, en donde funciona como articulación paradójica: no pertenece a ninguna de las series pero solo puede ser captado en ellas; no precede al trabajo con las percepciones fragmentarias que ha extraído del mundo sensible, sino que se determina a partir del mismo, poniéndose como su causa. No es el espectro primitivo que tiñe lo actual de una impureza y extrañamiento, es la repetición de una virtualidad que no preexiste a esa repetición, sino que se determina a partir de ella, y que obliga a hablar, *a posteriori*, de las condiciones que lo han hecho posible; su única característica es el desplazamiento (Deleuze 2012: 166). Es la orientación anamórfica que el sujeto impone cada vez que maneja los fragmentos fenoménicos para componer la escena de un sueño que cumple deseo, como si fuera uno de esos paisajes parastáticos del barroco, en el que la casual superposición de planos, a diferentes profundidades, enfocados desde un punto determinado, da lugar a un rostro; solo a partir de la contingencia de la obtención de ese rostro es posible hablar de la orientación que lo ha hecho posible, la estructura libidinal del sujeto, que da sentido a toda la serie de posibles deseos latentes que se forman cada vez.

El método terapéutico de los primeros años trata de atravesar las defensas contra los pensamientos latentes con el fin de alcanzar la llamada represión primaria, advenida en época infantil contra las primeras emanaciones de la libido, que operaría como un molde para futuras represiones, en las que se localizaría este “efecto póstumo del trauma infantil”. Pero si ahora, por *trauma infantil*, entendemos el pretexto formal para que se entremen entre sí “constelaciones temporales de la libido” (Freud 1896c: 163-165, 167), entonces puede pensarse la represión primaria como la reciprocidad entre el trabajo de los materiales sensibles inmediatos con los deseos latentes y la tendencia libidinal que de ello se recaba, que se pondrá paradójicamente como la causa última de cada una de esas combinaciones oníricas contingentes. El neurótico, por ejemplo, alberga una “cuota de represión sexual” que se exterioriza a raíz de “los reclamos de la vida real” (Freud 1906: 268), como si dispusiera los elementos de cada situación inmediata según un estilo acorde con su actuación-represión, entendida como una disposición estructural.

Lógica superficial

En el texto sobre el “caso Dora”, el doctor reconoce que

desde los *Estudios* [1893-1895] la técnica psicoanalítica ha experimentado un vuelco radical. En aquella época, el trabajo partía de los síntomas y se fijaba como meta resolverlos uno tras otro. [...] Ahora dejo que el enfermo mismo determine el tema del trabajo cotidiano, y entonces parto de la superficie que el

inconsciente ofrece a su atención en cada caso. Pero así obtengo fragmentado, entramado en diversos contextos y distribuido en épocas separadas lo que corresponde a la solución de un síntoma. A pesar de esta desventaja aparente, la nueva técnica es muy superior a la antigua, e indiscutiblemente la única posible (Freud 1905a: 11).

Ahora se prefiere un testimonio que divaga, rectifica y repite, ya que permite captar el estilo de las resistencias del paciente y encarar la represión originaria relativa a la tendencia libidinal del sujeto.

Según la técnica estrella del psicoanálisis, la asociación libre, el paciente debe comunicar todo lo que se le ocurra sobre, por ejemplo, un elemento del sueño, sin omitir nada, incluso si desafía a su moral o a su vergüenza, o si cree que no es relevante. Correlativamente, el analista imprime una atención “flotante” sobre ese material, sin dejarse guiar por sus propias inclinaciones, escuchando “con ingenuidad y sin premisas”, y sin forzar jerarquías u órdenes narrativos entre los elementos (Freud 1912c: 111-112). Debe evitar poner en práctica modos de lectura, o de contemplación estética, previos, y trasladar la interpretación al nivel de las conexiones superficiales entre los fragmentos de esas ideas involuntarias, que delatan una conexión de sentido más profunda que habría sucumbido a la censura.

Esto es así porque la *Traumarbeit* opera condicionada por la limitación intrínseca de sus recursos materiales, recabados de las impresiones sensibles del día, de tipo visual, torpes para figurar pensamientos abstractos, los tiempos verbales o los giros de la sintaxis. El sueño figura de un modo artesanal, acopla trozos dispares dejándose guiar por la mera homofonía, por el encaje táctil entre trozos dispares, sin miramiento por sus contenidos o identidades precedentes, o por su congruencia lógica o temporal, y sin ningún interés por la comunicabilidad (Freud 1899-1900: 502). Lo que prima es el cuidado de la forma en beneficio de la susceptibilidad para figurar contenidos de deseo (Freud 1899-1900: 319).

La *Deutung* sabrá aprovechar esos matices y muescas lingüísticas para producir los contenidos que significarán retroactivamente a esos compuestos visuales, apelando a una lógica significativa basada en la distancia y el desencaje, como hace la alegoría. Por ejemplo, un neurótico dice que en el texto de su sueño parece como si faltaran cosas: el analista lo leerá literalmente como ausencias, agujeros; en última instancia, genitales femeninos (Freud 1899-1900: 337). Es decir, la deficiencia de expresión del objeto analizado debe verse no como la impropiedad de la relación entre una idea y su predicado, sino que, descartando la presencia de esa idea gracias a la enseñanza de las fantasías, el analista, buscando una base desde la que comenzar su trabajo, solo puede remontarse a la estricta inmediatez de la consistencia visual, textural, morfológica, del elemento actual.

Desfase y contingencia

En contra de la acepción de que el psicoanálisis medicaliza la confesión religiosa³, el hecho de que el paciente acalle la crítica interna a la hora de referir permite que asuma como su responsabilidad también lo involuntario, las representaciones que escapan a su intención consciente, evidenciando así que lo casual e insignificante dan cuenta de un retraso significativo entre la palabra y el deseo, el lenguaje y el habla, el recuerdo y la memoria. El psicoanálisis de tipo freudiano se estructura conforme a estos desfases, primero, respecto a la traumatización de las experiencias: no hay conflicto antiguo hasta que no es compuesto y nombrado en terapia como la eficacia póstuma de un recuerdo reprimido. Hay también una impuntualidad en la justificación del desear, configurada en segunda instancia por la aportación de las fantasías; de un sueño solo se puede hablar en el momento en el que se empieza a olvidarlo, y lo reprimido solo es susceptible de conocimiento directo en los medios de su metamorfosis.

Entonces, el saber sobre ese “no saber”, que afecta al enfermo con amnesias y autorreproches (Freud 1910: 225), está necesariamente dislocado, debe llegar más tarde. La llamada a la atención inconsciente del médico –una repetición, una pausa, una intensificación– es nombrada *a posteriori* en análisis, captando lo reprimido en lo represor y obteniendo en él el *saber* sobre ello (Freud 1913: 142), aunque para el paciente nada se haya mostrado todavía (Freud, 1908b: 86).

Teniendo en cuenta el papel de las fantasías, quedaría superada tanto la influencia del pasado (cifrado como resistencias en la terapia, o la repetición desmemoriada de modos habituales de evitación del “displacer” –Freud 1915-1916: 333), como de los abstractos edificios de la causación metapsicológica, respecto a los cuales el propio Freud expresó sus recelos (Roudinesco 2015: 201), y que obligarían a volver a tomar la superficie como el nivel que antecede a la sustancia psíquica inconsciente. Así que lo inconsciente no impone una dificultad a los medios de que dispone la atención consciente, inhábiles para captarlo en su totalidad y originalidad, sino que lo inconsciente es en sí mismo una dificultad, un desfase a nivel consciente, una incongruencia a nivel superficial.

El factor que motiva el análisis es un bache, una pausa, una intensificación, o la llamativa ausencia de la misma en un contexto que lo merecería, que “demanda interpretación” (Freud 1899-1900: 155). Si las características de lo Inconsciente son ser atemporal (*zeitlos*) y tener una poderosa capacidad de maleabilidad y colonización de representaciones ajenas, ignorantes respecto a

³ Cfr.: Michel Foucault 1978: “Conversación sin complejos con el filósofo que analiza las estructuras del poder”, en *El poder, esa bestia magnífica*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014.

lo que expresan, el analista solo puede dar cuenta de la acción del inconsciente de un modo experimental, captándola como una inflexión en lo tangible del lenguaje, en la conmoción notada en un elemento secundario, a menudo residual (un efecto de la palabra, un gesto).

Es la lógica del *collage*: a mayor distancia significante, a mayor contraste compositivo, más fulgura un contenido nuevo –inconsciente (Freud 1915-1916: 197). Si se considerara la distorsión en los elementos actuales como la expresión deformada, censurada, de posibilidades no dadas de un mismo sistema de pasado (deseos frustrados), el elemento actual se entendería como un momento de la totalidad inconsciente, como si esta se realizara en una continuidad de contingencias, por lo que, en última instancia, cada imagen individual sería tratada como el predicado de una sustancia inconsciente imperecedera. Esta postura parece ser la del propio Freud, cuando asevera que el análisis del elemento actual, si no da frutos, puede desecharse y centrarse en otro distinto, ya que el conflicto psíquico se reproduce por doquier gracias a la ductilidad de los modos inconscientes (Freud 1899-1900: 521).

Pero mi lectura es que la profundidad pulsional, o lo insimbolizable inconsciente, no es que sea imposible de percibir porque es una instancia siempre en diferimiento, por definición no susceptible de imagen, a la que solo es posible aproximarse asintóticamente en otras secundarias. Por el contrario, la aparición del elemento perturbador obliga a un movimiento en su favor cuyo alcance debe ser retroactivo: nunca se está preparado para el acontecimiento, hay un retraso en la nominación del mismo. Mi argumento, como voy a tratar de mostrar, es que llegar tarde en terapia es definitorio de la naturaleza estrictamente acontecimental del inconsciente.

Pulsión

El “caso Dora” ofrece la primera alusión directa en la obra freudiana al concepto de transferencia: cuando el paciente ve secarse la emanación de sus ocurrencias respecto a sus propios sueños o recuerdos, y reflexiona, por ejemplo, sobre lo que ve en ese momento en la consulta, la transferencia ha tenido lugar. Las asociaciones continuarán pero ahora sobre una nueva base material en el escenario de la terapia: “toda una serie de vivencias psíquicas anteriores no es revivida como algo pasado, sino como vínculo actual con la persona del médico” (Freud 1905a: 103), que es insertado en una de las “series psíquicas” del paciente –padres, hermanos, maestros– quien ahora le transfiere “intensos sentimientos”, le desafía, se enamora, etc. (Freud 1912b: 140).

La transferencia analítica aparece, en un primer momento, como una resistencia al acceso al conflicto primitivo inconsciente, ya que generaría uno

nuevo que lo tapanía. Pero una transferencia positiva deja al analizado cierta libertad de compulsión en el ámbito controlado de la situación analítica: afloran repeticiones libidinales, o los modos habituales de la defensa en su contra. Tarea del médico será liberarles del peso del pasado, de las líneas de molde de las determinaciones históricas, de sus características simbólicas, lingüísticas o compositivas, y de todo aquello que sea externo a la relación en terapia. Y así, en el ámbito controlado de la consulta, exhibir la mera forma de los modos de producción libidinales, sus dinámicas de distribución y aplicación.

Pero los nuevos elementos investidos en la consulta tampoco son, evidentemente, la forma genuina de los circuitos pulsionales. Si el pasado de referencia puede ser una invención, y si la figura del médico no justifica el conflicto percibido en transferencia (Freud 1915-1916: 400, 415), entonces la dinámica pulsional carecerá de un soporte lógico así como de un sustrato ontológico. La conclusión es que tanto las inversiones nuevas en transferencia, como aquellas que el paciente manejaba en su vida habitual, son la forma original de la pulsión. Luego lo único a lo que se puede referir el análisis para determinar el despliegue de la realidad inconsciente es, de nuevo, la estricta contingencia material de la situación analítica. La verdad libidinal no es algo inmanente al objeto analizado, sino que se constituye según se trabaja la materialidad objetiva en análisis: las causas inconscientes son siempre efectos de superficie, productos contingentes compuestos en la inmediatez de la situación analítica.

Cabe detenerse aquí en las características de la dinámica pulsional para mostrar lo esencial del enfoque desde la superficie. La realidad libidinal inconsciente es autoplástica (Freud 1924: 196) pero necesita el salto trascendente en el objeto; es sin tiempo (Freud 1915b: 183) pero es necesariamente historizada; es múltiple y fluctuante pero es necesariamente parcializada. Es decir, la entera estructura icc. del sujeto está atravesada por un retroactividad constitutiva: hay una falta real que siempre se actualiza en los objetos particulares y en las imágenes definibles.

Por ejemplo, el simple hecho del mecánico succionar contiene ya la especificidad de la sensación de placer, que se acabará satisfaciendo de manera independiente respecto a la cualidad de la parte del cuerpo elegida (Freud 1905b: 165). Freud aclara que, aunque a la repetición pulsional le es indiferente el objeto escogido para ser investido (Freud 1899-1900: 192), la propia insistencia en ese objeto o gestualidad, como los rituales de los neuróticos, que en principio son medidas defensivas contra la aplicación de la libido en representaciones por evitar, acaban siendo el propio fin libidinal (Freud 1926b: 208). La paradoja es que la autárquica objetualidad libidinal solo puede percibirse en la positación de rituales repetitivos; a la inversa, la escena coyuntural del ritual neurótico, sin precedentes biográficos o filológicos demostrables, solo

aparecerá llena de sentido para el análisis cuando se relacione con la pujanza pulsional abstracta, la cual se anula en ese su desenvolvimiento histórico. Si el objeto es tan poco válido, en sí mismo, como otro cualquiera, lo que cuenta entonces no es la fuerza abstracta que lo anima, sino la posibilidad abierta por ese objeto, en su singularidad, para nacer como imagen del deseo. El manejo de los materiales disponibles en esa determinada contingencia, alienados respecto de su fin habitual, es lo que los constituye como el objeto-placer, y no es que exista una causa psíquica previa hacia ellos orientada.

La instauración de la segunda tópica del aparato psíquico en 1920 confirma la conceptualización de la pulsión como una pujanza ciega, sin cualidad, historia o características descriptibles. No pertenece a lo orgánico ni a lo psíquico; desbarata la normatividad e impone lo diferente en cada repetición. Por un lado, es el suplemento oscuro que nos lleva más allá de las propiedades de los objetos y tiempos susceptibles de relación, a los que arrasa en la pura repetición; por otro, el más acá del organismo, la suspensión de toda encarnación objetiva, cuyo único fin es repetirse a sí mismo sin atender a la satisfacción, a lo pragmático o a la autoconservación. Así, no es que los objetos coyunturales en los que se fija la libido para desahogarse nunca sean saciantes respecto a un ideal inconsciente de placer, sino que la pulsión es un desfase estructural, la cifra de un “cambio absoluto” (Copjec 2002: 87).

Algo hay, en la cadencia pulsional, “que frustra su satisfacción plena” (Freud 1912a: 175, 182-183), y obliga a buscar siempre nuevos estímulos: en sí es imposible en su plenitud, su esencia es su acontecer. Adaptando de nuevo a Deleuze, la pulsión no es objeto pero no se opone a él, se opone a la ausencia de objeto; es superproducción como efecto de sí misma (Deleuze 2017: 102). Solo es positivada *a posteriori*, en sus detenciones en objetos de interés libidinal o en las masas de gestos compulsivos. Si la transferencia exhibe las cadencias de uso de las series de tipos de investidura del analizado, se demuestra que no preexisten a ese movimiento estrictamente material, sino que éste es más bien un medio que justifica sus fines.

Anamorfosis

Teniendo en cuenta esta lógica desencajada, tenemos que el analista funciona como un reflejo del material ofrecido por el analizado (Freud 1912b: 117), luego todos los pasos dados en terapia se simultanean al despliegue de los circuitos inconscientes, hasta ahora inexistentes, exhibiendo los contenidos inconscientes en el habla del paciente aunque este no los esté diciendo aún. Porque no de otro modo, salvo provocando el movimiento, acechándolo, sospechándolo, puede el analista componer una escena de posibilidad

para el deseo inconsciente. La sospecha analítica no es espera pasiva, sino aprovechamiento audaz de la contingencia por explotar. El analista llega tarde a la fuerza, porque su actitud urgente, superficial, sospechosa, da cuenta de la constitución *en sospecha*, en escorzo, de la realidad inconsciente.

El fracaso a la hora de captar lo pulsional es constitutivo de su propia estructura: eso que, por un lado, se escapa en el objeto y, por otro, se impone en exceso, no es el efecto de una realidad inaprensible para nuestros sistemas de percepción en vigilia, sino que la esencia inconsciente es la propia distorsión en la apariencia consciente. Lo inconsciente es una incompletitud estructural, así que los mismos procesos analíticos que traducen, transcriben y median los contenidos inconscientes, son constitutivos de su propia realidad. Por fin, los procesos retóricos que el análisis aplica para descifrar el trabajo del sueño, condensación, desplazamiento, etc., son constitutivos del propio edificio metapsicológico que Freud se afaná por definir entre 1915 y 1916. En 1917 Freud explicita que la adopción de su postura epistemológica es simultánea a la pregunta por el estatuto ontológico de la realidad inconsciente:

esos dos esclarecimientos; que la vida pulsional de la sexualidad en nosotros no puede domeñarse plenamente, y que los procesos anímicos son en sí inconscientes, volviéndose accesibles y sometidos al yo sólo a través de una percepción incompleta y sospechosa, equivalen a aseverar que el yo no es el *amo en su propia casa*. (Freud, 1917: 135).

Es la entera realidad normativa del sujeto la que está atravesada por una retroactividad constitutiva –los traumas advienen *a posteriori*, el pasado demuestra su eficacia póstumamente. No es que la pujanza sexual colonice actividades y contenidos que le son ajenos, como la consecución de alimento por parte del infante, influyendo en el impulso de deseos secundarios (Freud 1905b: 164-165), sino que solo puede ser tenida en cuenta como suplemento de actividades y momentos no sexuales. Por ello, que un síntoma, o un lapsus, o el relato del sueño *demanden interpretación*, no significa que deban ser reducidos a propiedades identificables, sino que la imagen-en-censura, cortada, solo puede hallarse a sí misma mediante la articulación del hiato que alude a algo desencajado, resignificado en terapia como un recuerdo recuperado. Tarea del análisis será hacer ver que los fenómenos analizados no son la superficie arqueológica⁴ que precede a las profundidades psíquicas por exhumar, sino que esa profundidad son algas flotantes.

Puede definirse el proyecto freudiano como una revolución estética de vanguardia, que desbasta el material aportado por el paciente aniquilando sus rasgos históricos mutables y convirtiéndolo en puro mensaje del medio. Pero

⁴ Cfr.: Diane O'Donoghue, "Negotiations of Surface: Archaeology Within the Early Strata of Psychoanalysis", *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 52(3) (2004), 653-671.

salirse de las particularidades de la historia (del paciente) para vislumbrar, en los intersticios de los significantes empleados, los flujos pulsionales, transhistóricos y aisubjetivos, el nivel cero asemántico, equivale, como diría Groys, a producirlo reflexivamente en su contingencia histórica (Groys, 2008: 146). Arrasar el pasado es un movimiento eminentemente histórico: es el acto que duplica ese intersticio en tanto que soporte histórico, sabiendo que solo la superficie sostendrá los significados del futuro; cuando la superficie es superficie de nada, es entonces la propia sustancia psíquica.

Mi argumento es que el trabajo de la *Deutung* con el material a mano, con el valor visual y textural de las percepciones y las palabras manejadas en la contingencia analítica, el despliegue del puro nivel formal, es constitutivo de la propia realidad inconsciente del sujeto, afectada siempre por el retorno desfasado, por la repetición anacrónica, de una virtualidad que se actualiza en cada contingencia real. En efecto, el análisis pone en palabras los desfases detectados en el material analizado, tanto visuales como lingüísticos, genera pensamientos que engrasan las juntas entre los trozos de la amalgama visual o verbal que ha irrumpido a la consciencia, sea el sueño o la ocurrencia fortuita en terapia. Dicho aún de otro modo, lo indecible de la realidad pulsional inconsciente es en la puesta en palabras de la distancia jeroglífica entre los elementos manejados en superficie. El defecto en la percepción de la imagen que irrumpe, la incongruencia plástica, la deficiencia expresiva, positiva la necesidad pulsional hasta entonces inexistente que se pone como su causa.

En el vacío

La prueba de esto son las fundamentales teorías de Freud sobre lo *Unheimliche* (1919) y sobre la angustia (1926a, 1933). En las llamadas neurosis de transferencia, si el acceso de la carga libidinal a objetos exteriores se ve censurado, según la lógica económica del aparato psíquico, esa carga se *transferirá* tanto a etapas previas del desarrollo libidinal como a imágenes fantasmáticas de satisfacción, que serían, así, intentos de curación alucinatorios para “reconducir la libido al objeto” (Freud, 1914b: 72). Pero si el enlace a la fantasía se viera perturbado y la pulsión quedase inaplicada, derivaría en angustia, es decir, libido sin consumarse, pura ausencia de investiduras.

Se llama *Angst* al estado en el que el infante constata la ausencia “de la persona amada” (Freud 1905b: 204). Cuando la angustia persista a pesar de estar presente el objeto, se revelará que no es despertada por la presencia de elementos peligrosos, o por la ausencia de los objetos queridos, sino por la comprobación efectiva de la situación en la que las necesidades del individuo no serán satisfechas; de que, aunque el objeto de deseo esté presente, está tan

perdido como si estuviera ausente (Freud 1926a: 156, 159). Cuando cae el lazo imaginario que, por ejemplo, vuelve posible la relación de deseo entre el infante y la madre, adviene la angustia. Hay angustia cuando el sujeto comprueba que ninguna razón última motivaba esa elección pulsional; o, más técnicamente, la comprobación de que se ha quebrado el sustento que aportan las fantasías, que hacía posible que la libido invistiera un objeto o una persona eligiéndolos como los insustituibles cumplidores del deseo, demostrándose que no hay un lazo natural con ellos. El sujeto, en definitiva, se halla en un lugar “dentro del cual uno no se orienta” (Freud 1919: 221), ante el mudo sinsentido de sus deseos, ante la ausencia de justificación y la arbitrariedad de sus elecciones pulsionales: los ojos puestos sobre la persona amada, que de improviso se vuelve una absoluta desconocida. Es el principio del extrañamiento *unheimlich* de lo previamente familiar.

Recuperemos lo dicho más atrás, el postulado de una red de fantasías funcionando como el condicionamiento subjetivo trascendental de la exterioridad real: no es que haya un desarreglo en el registro imaginario –imágenes del yo, representaciones que falsean la verdad del ser del sujeto–, ni una irrupción de imagen –delirios, sueños– que distorsiona el lugar original del yo, sino que este lugar está ya distorsionado, o suturado en torno a un vacío ontológico. Ese vacío es el del enfrentamiento del sujeto ante la superficie del mundo, previo a su composición como escenario de posibilidad, de habitabilidad, mediante la incorporación de las fantasías. El psicoanálisis trabaja alrededor de esa ausencia, ocupada por el propio sujeto: nada hay a lo que llamar origen, nada hay que funcione como sedimento de los fenómenos. Y, no obstante, esa nada solo será captable a partir de la materialidad de las imágenes que el propio sujeto maneja.

De la mano de Badiou, las positivaciones libidinales, individualizables en eficaces combinaciones superficiales, serían el resultado de un proceso que transparenta la propia operación que hace que sea un resultado (Badiou 2015: 111). Dicho de otro modo, la imagen investida, la imagen de deseo, es imagen de su propia irrupción, carece de razón última, de memoria, y la que atesora es la de su propio estallar como un impacto de olvido. Si el síntoma encarna un recuerdo “que nunca pudo ser olvidado”, o una sensación cuyo original “nunca fue consciente” (Freud 1914a: 151), la memoria de la imagen no será la que arrastra filogenéticamente, sino la memoria inmediata de su acontecer, de su possibilitación real en esa contingencia, que las fantasías cubren retroactivamente como el producto de un trasfondo determinante que la justifica como imagen de deseo.

La *imagen*, esa intensificación superficial que aparece demandando interpretación, es verdad, precisamente, solo en la medida en que no puede ser demostrada, en que es la expresión de la falta de verdad, que resulta ser la única

verdad en el despliegue históricamente limitado, necesariamente incompleto, parcial, en superficie de la contingencia de su aparición. .

En superficie

Freud dirá que el analizado, tras el análisis, es “otro hombre” (Freud 1933: 396): lejos de defender un *furor sanandi*, que no haría sino alimentar el goce del neurótico en la búsqueda de una respuesta final a su estado (Freud 1915a: 174), sin embargo, el componente utópico del psicoanálisis no es desdeñable.

El psicoanálisis no pretende “modelar a sus educandos como rebeldes” contra los “requerimientos sociales dominantes”; no desea “niños revolucionarios”, sino niños lo más “sanos y productivos posibles”, de los que garantiza “que no se pondrán del lado de la reacción y la opresión” (Freud 1933: 139-140). Una vida sana, desalienada, parecería ser aquella en la que el individuo debe esperar cierta irresolución de su desear en el mundo objetivo (Freud 1930: 111, 83), inevitablemente dado y ajeno a él (la textura familiar, social, lingüística), y debe aprender a domar su desarrollo pulsional para que la satisfacción buscada sea “intachable tanto en lo psicológico como en lo social” (Freud 1915a: 172-173). Por otro lado, la consecución de un proyecto personal, social y cultural, estará siempre vulnerada por la presencia egoísta, insaciable, repetitiva, inútilmente mortal de la pulsión inconsciente. El análisis exigiría una movilización constante a favor de una asimilación de las tendencias pulsionales al tejido normativo existente y al resto de influjos y aspiraciones del yo, así como se adaptaría una anamorfosis al sistema de perspectiva canónico, arruinando su escorzo.

Pero lejos de este enfoque reformista, quedémonos en el nivel de la simple materialidad superficial. Si bien Freud ve problemático establecer un final de análisis y localizar un estado de curación definitiva para el paciente (Freud 1937a), de todas formas plantea, como los últimos estadios de la indagación terapéutica, la identificación del factor edípico. Este es la dovela de la constitución de la realidad psíquica del individuo, el eje simbólico de la gestión de sus dinámicas libidinales, de la estructura de su relación con el ello inconsciente. Simboliza el momento en el que la hipotética organización sexual primitiva colapsa ante la amenaza de castración, el área oscura en la que entran en fricción lo psíquico y lo orgánico, el cuerpo de pulsiones y la consciencia lingüística (la teoría de las pulsiones, en última instancia de fundamento orgánico, es la “roca de base” de la indagación psicoanalítica –Freud 1937a: 253).

Pues bien, la imagen analizada, un sueño, que es el ejemplo canónico, permite no solo desplegar las circunstancias referenciables que pueden

configurar un pasado descriptible que determine el acontecimiento actual, sino atacar las bases pulsionales del individuo deseante. El polémico, ya en su época, reduccionismo pansexualista de las tesis freudianas (Freud 1925: 54) debe leerse como la toma de constancia de que en cada contingencia se actúa la totalidad del valor libidinal del sujeto. Considero que la postura ética que promueve Freud consiste en asumir que es imposible salirse del nivel superficial de la composición material analizada, concibiéndola como la bisagra que articula el cambio de toda la estructura temporal, ya que cada contingencia, cada sueño individual, no expresa un momento de la historia del sujeto, sino que concentra todo su pasado, todos los tiempos; consume la virtualidad de la realidad inconsciente en un único punto.

Cabe distinguir, primero, el terreno de la *posibilidad*, a saber, la hipótesis de que la forma actual bajo análisis sería la figuración impropia de aquello que no sale a la luz en su aspecto genuino, o la expresión sintomática de la posibilidad frustrada. Una *potencialidad* que insertaría la temporalidad de lo dado manifiesto en el mismo marco trascendental que lo no dado, por confeccionar en la terapia. Segundo, el terreno de la *ocasión*: no la oportunidad de despertar el pasado para domar la perturbación actual, sino la ocasión de hacer presente de nuevo. Si el sueño figura la opción no dada en la vigilia, y si ese deseo no existe como posibilidad, entonces *no es* hasta que no es producido como verdad psíquica en análisis; el analista no restaura ninguna opción sino que dibuja una nueva en un soporte de *virtualidad*.

Defiendo que el análisis debe tratar de alterar el marco compartido por lo no dado en la vida cotidiana –la posibilidad de enmendar el pasado– y por lo dado manifiesto, la materialidad ineluctable de la inmediatez tangible; o el espacio compartido entre la norma previa y su disrupción patológica contingente. La aparición pulsional vulnera la normalidad consciente, pero si esa norma está intrínsecamente en fallo por la condición estructuralmente desfasada del cuerpo de pulsiones respecto del lenguaje y la cultura, desfase del que dan cuenta las fantasías, la síntesis es que esa aparición, en tanto que caída del *logos* dominante, es determinante de la posibilidad de una nueva norma consciente. Intervenir en la emergencia pulsional particular será, por consiguiente, hacerlo en el punto que articula la entera estructura del ser del sujeto.

Conclusiones

Lo que motiva el análisis es un impacto de superficialidad máxima, efímero, circunstancial, que arrasa las significaciones, los tiempos e identificaciones previos; es un momento de causalidad cero, que enfrenta al yo ante lo absolutamente terrorífico (Freud 1919: 220) de su condición

desamparada, o ante el vacío de la arbitrariedad de sus elecciones pulsionales. El orden normativo se pone en entredicho, toca su propia ruina, cuando constata la insustancialidad tanto de los contenidos de recuerdo, como de la verdad de los deseos identificables; la vulnerabilidad tanto de los valores históricos, como de la integridad del arbitrio del sujeto.

La cura no es antiontológica, reconoce que no hay una sustancia a la que evidenciar, revelando el sentido auténtico del desear del paciente, pero hace ontología: construye, materializa, opciones de ser para el sujeto. No hay una idea previa, solo generaciones históricamente limitadas que se fundamentan justificándose a sí mismas en la contingencia de su aparición. Así que el analista, cada vez que interviene en un conflicto particular, debe llegar a la reconfiguración del soporte mismo de las relaciones familiares, sexuales, culturales, como en el caso del sueño en el que “faltan cosas”.

Si la irrupción patológica, objeto de la interpretación, es significada como una distorsión en la normalidad, mi propuesta es ponerla como el eje de la norma nueva: no adaptar lo incongruente, desfasado, impropio, lo que no tiene lugar, a la trama simbólica e institucional precedente. Por el contrario, se trata de configurar un nuevo sistema orientado desde sus fundamentos en relación al punto de incongruencia, como si toda la realidad representacional adoptara el enfoque anamórfico, distorsionado, de la imagen en trampantojo. Plantear un final de análisis implica escoger el momento adecuado para intervenir, con la responsabilidad de saber que esa coyuntura particular es la que permite ensamblar un desarrollo que afecta a la entera organización psíquica en su despliegue real. El psicoanálisis pasa, de ser una fenomenología del inconsciente, a instituirse como un trabajo de edificación de las condiciones de posibilidad de esas apariciones fenoménicas. Su alcance es retroactivo, se dirige al fundamento; no solo trabaja el “desde dónde”, el desencadenante experiencial de representaciones o impulsos obsesivos, sino su inherente “para qué” (Freud 1915-1916: 257, 260), qué se desencadena con ello; se esfuerza por provocar la necesidad psíquica a partir de la intervención en el punto actual.

Si resulta imposible unificar los distintos sueños y síntomas en función de la historia específica del sujeto, y si los deseos distinguibles y las vivencias históricas son indemostrables y solo se actúan en medios que les son impropios, entonces la “cura” equivaldrá a demostrarle al sujeto que lo que justifica la imagen de su deseo no es más que la reciprocidad del densificarse del trabajo de las fantasías con las composiciones arbitrarias de fragmentos materiales heterogéneos. Esto es, se le encarará con la ausencia de un orden de valores referenciales, con la condición vacía de su ser libidinal, la soledad angustiada que amenaza su propia existencia. Luego el análisis debe liberar al analizado del peso tanto del pasado como de la estructura fantasmática, o el modo en el que un supuesto pasado se cose a la realidad objetiva inaugurando el terreno

de las posibilidades identificables. El psicoanálisis no busca recuperar lo que podría haber sido para afianzar el porvenir del paciente (qué hicimos mal para evitar que se repita), sino que se interroga sobre cuál es el desfase sistémico de una realidad que necesita de los efectos de un original inexistente para ser percibida.

El análisis debe captar el desencaje superficial, plástico, lingüístico de la imagen concreta que demanda interpretación, entendiéndolo como la entera contorsión virtual inconsciente, es decir, un antagonismo sistémico que comprometa la base de la relación entre las mociones libidinales y las posiciones adoptadas por el sujeto en la cultura y la familia. Localizar el desfase fundamental en el desfase contingente es la verdadera radicalidad revolucionaria del psicoanálisis, y la base, definiendo, de su dimensión política. Por volver a emplear un idioma deleuziano, la contingencia superficial, la imagen que demanda interpretación, permite hablar de: un caudal de *posibilidades* de memoria; de la *potencia* de esa imagen, su integración en el marco de posibilidad históricamente determinable; y de su *virtualidad*, su memoria pura, un “precursor oscuro” (Deleuze, 2012: 429) que hace a la superficie pero también a la organización metapsicológica a la que apela ese efecto de superficie.

La revolución copernicana que auspicia el psicoanálisis freudiano, por fin, consiste en el desarrollo de una nueva base ontológica para el ser del sujeto, libre de ataduras locales a partir de, paradójicamente, el despliegue de las contingencias históricas particulares. El trabajo analítico en la contingencia superficial es el que hace posible la apertura de la ocasión para configurar una nueva realidad libidinal: parafraseando al Marx de la tesis tercera, la coincidencia de ese trabajo en coyuntura con la modificación de las circunstancias del desear sólo puede concebirse y entenderse racionalmente como una práctica revolucionaria⁵.

Referencias bibliográficas:

- Badiou, Alain, *El ser y el acontecimiento*, Buenos Aires, Ediciones Manantial, 2015.
- Breuer, Josef; Sigmund Freud “Estudios sobre la histeria” (1893-95), en James Strachey, ed.: *Obras completas Sigmund Freud*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1991, Vol. II, 3-315.
- Copjec, Joan, *Imaginemos que la mujer no existe. Ética y sublimación*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006.

⁵ Marx, Karl, “Tesis sobre Feuerbach” (1888), en <https://webs.ucm.es/info/bas/es/marx-eng/oe1/mrxoe101.htm#fn0> [consultado el 13/04/2021].

- Deleuze, Gilles, *Diferencia y repetición*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 2012.
- Deleuze, Gilles, *Lógica del sentido*, Barcelona, Paidós, 2017.
- Freud, Sigmund, “Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos” (1893), en James Strachey, ed.: *Obras completas: Sigmund Freud*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1991, Vol. III, 29-40.
- Freud, Sigmund, “Manuscrito K. Las neurosis de defensa” (1896a), en James Strachey, ed.: *Obras completas: Sigmund Freud*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1991, Vol. I, 260-269.
- Freud, Sigmund, “La etiología de la histeria” (1896b), en James Strachey, ed.: *Obras completas: Sigmund Freud*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1991, Vol. III, 191-218.
- Freud, Sigmund, “Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa” (1896c), en James Strachey, ed.: *Obras completas: Sigmund Freud*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1991, Vol. III, 163-184.
- Freud, Sigmund, “Carta 69” (1897), en James Strachey, ed.: *Obras completas: Sigmund Freud*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1991, Vol. I, 301-302.
- Freud, Sigmund, “La interpretación de los sueños” (1899-1900), en James Strachey, ed.: *Obras completas: Sigmund Freud*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1991, vols. IV-V.
- Freud, Sigmund, “Sobre el sueño” (1901), en James Strachey, ed.: *Obras completas: Sigmund Freud*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1991, Vol. V, 617-668.
- Freud, Sigmund, “Fragmento de análisis de un caso de histeria” (1905a), en James Strachey, ed.: *Obras completas: Sigmund Freud*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1991, Vol. VII, 7-108.
- Freud, Sigmund, “Tres ensayos de teoría sexual” (1905b), en James Strachey, ed.: *Obras completas: Sigmund Freud*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1991, Vol. VII, 117-222 .
- Freud, Sigmund, “Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis” (1906), en James Strachey, ed.: *Obras completas: Sigmund Freud*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1991, Vol. VII, 263-272.
- Freud, Sigmund, “El creador literario y el fantaseo” (1908a), en James Strachey, ed.: *Obras completas: Sigmund Freud*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1991, Vol. IX, 127-136.
- Freud, Sigmund, “Análisis de la fobia de un niño de cinco años (El pequeño Hans)” (1908b), en James Strachey, ed.: *Obras completas: Sigmund Freud*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1991, Vol. X, 7-118.
- Freud, Sigmund, “Sobre el psicoanálisis Silvestre” (1910), en James Strachey, ed.: *Obras completas: Sigmund Freud*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1991, Vol. XI, 221-228.

- Freud, Sigmund, “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa (Contribuciones a la psicología del amor II)” (1912a), en James Strachey, ed.: *Obras completas: Sigmund Freud*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1991, Vol. XI, 173-184.
- Freud, Sigmund, “Sobre la dinámica de la transferencia” (1912b), en James Strachey, ed.: *Obras completas: Sigmund Freud*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1991, Vol. XII, 97-106.
- Freud, Sigmund, “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico” (1912c), en James Strachey, ed.: *Obras completas: Sigmund Freud*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1991, Vol. XII, 111-120.
- Freud, Sigmund, “Nota sobre el concepto de lo inconsciente en psicoanálisis”. (1912d). en James Strachey, ed.: *Obras completas: Sigmund Freud*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1991, Vol. XII, 271-278.
- Freud, Sigmund, “Sobre la iniciación del tratamiento (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis I)” (1913), en James Strachey, ed.: *Obras completas: Sigmund Freud*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1991, Vol. XII, 125-144.
- Freud, Sigmund, “Recordar, repetir y reelaborar (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis II)” (1914a), en James Strachey, ed.: *Obras completas: Sigmund Freud*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1991, Vol. XII, 149-158.
- Freud, Sigmund, “Introducción al narcisismo” (1914b), en James Strachey, ed.: *Obras completas: Sigmund Freud*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1992, Vol. XIV, 65-98.
- Freud, Sigmund, “Puntualizaciones sobre el amor de transferencia (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, III)” (1915a), en James Strachey ed.: *Obras completas: Sigmund Freud*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1991, Vol. XII, 163-174.
- Freud, Sigmund, “Lo inconsciente” (1915b), en James Strachey, ed.: *Obras completas: Sigmund Freud*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1992, Vol. XIV, 161-214.
- Freud, Sigmund, “Conferencias de introducción al psicoanálisis” (1915-1916), en James Strachey, ed.: *Obras completas: Sigmund Freud*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1991, Vols. XV-XVI.
- Freud, Sigmund, “Una dificultad del psicoanálisis” (1917), en James Strachey, ed.: *Obras completas: Sigmund Freud*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1992, Vol. XVII, 125-136.
- Freud, Sigmund, “Lo ominoso” (1919), en James Strachey, ed.: *Obras completas: Sigmund Freud*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1992, Vol. XVII, 219-252.

- Freud, Sigmund, “La pérdida de realidad en la neurosis y la psicosis” (1924), en James Strachey, ed.: *Obras completas: Sigmund Freud*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1991, Vol. XIX, 193-198.
- Freud, Sigmund, “Presentación autobiográfica” (1925), en James Strachey, ed.: *Obras completas: Sigmund Freud*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1991, Vol. XX, 7-72.
- Freud, Sigmund, “Inhibición, síntoma y angustia” (1926a), en James Strachey, ed.: *Obras completas: Sigmund Freud*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1991, Vol. XX, 83-164.
- Freud, Sigmund, “¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial” (1926b), en James Strachey, ed.: *Obras completas: Sigmund Freud*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1991, Vol. XX, 171-244.
- Freud, Sigmund, “El malestar en la cultura” (1930), en James Strachey, ed.: *Obras completas: Sigmund Freud*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1991, Vol. XXI, 65-140.
- Freud, Sigmund, “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis” (1933), en James Strachey, ed.: *Obras completas: Sigmund Freud*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1991, Vol. XXII, 5-168.
- Freud, Sigmund, “Análisis terminable e interminable” (1937), en James Strachey, ed.: *Obras completas: Sigmund Freud*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1991, Vol. XXIII, 219-254.
- Groys, Boris, *Bajo sospecha. Una fenomenología de los medios*, Valencia, Pre-Textos, 2008.
- Roudinesco, Elisabeth, *Freud. En su tiempo y en el nuestro*. Barcelona, Penguin Random House, 2015.
- Žižek, Slavoj. *El sublime objeto de la ideología*. México, Siglo XXI, 1992.

